

Los fondos ilícitos tras la política francesa

FIÓDOR LUKIÁNOV

LA POLICÍA REGISTRÓ el domicilio y el despacho del expresidente de Francia, Nicolas Sarkozy, tan solo dos semanas después de que perdiera la inmunidad presidencial y lo hizo de una manera intencionadamente visible.

La investigación sobre la financiación ilegal de la campaña electoral de Sarkozy por la corporación L’Oreal fue iniciada en el 2010, derivando, para sorpresa de todos, en el más sonado caso de Lilliane Bettencourt, anciana dueña del imperio de cosméticos, cuya familia acabó enredada en rencillas internas y derechos hereditarios.

De una grabación de las conversaciones telefónicas hecha pública por su mayordomo se desprende que una de las mujeres más ricas del mundo evadía supuestamente impuestos por cantidades considerables, recibiendo, además, ventajas tributarias por millones de euros del exministro de Trabajo, Eric Woerth, cercano colaborador de Sarkozy.

Tras ello, la excontable de Bettencourt, Claire Thibout, manifestó que los políticos franceses de tendencias conservadoras, incluido Nicolas Sarkozy, supuestamente habían recibido en la mansión de Bettencourt sobres con dinero en efectivo, mientras que Woerth, siendo en el 2007 tesorero de la Unión por un Movimiento Popular, recibió un sobre que contenía 150 mil euros para la campaña electoral de Sarkozy.

La financiación ilegal de las campañas electorales es el talón de Aquiles de los políticos franceses, tanto conservadores como socialistas. Recientemente, el predecesor de Sarkozy en el puesto de presidente, Jacques Chirac, recibió una condena de dos años. Debido a su delicado estado de salud, ya no pudo presenciar las audiencias judiciales ni cumplir la condena en un centro penitenciario.

Se le reconoció culpable de haber creado en la segunda mitad de los años noventa del siglo pasado puestos de trabajo ficticios en la alcaldía de París, que dirigió durante casi 20 años. Los sueldos de los inexistentes empleados engrosaban las cuentas del partido. Un sumario parecido fue abierto contra Alain Juppé, colaborador de Chirac, hasta hace poco ministro de Asuntos Exteriores en el gabinete de Sarkozy.

Los socialistas tampoco tienen una imagen mucho mejor: durante la presidencia de François Mitterrand (1981-1995), mentor del actual jefe del Estado, François Hollande, la



petrolera estatal Elf Aquitaine, de manera casi oficial, servía de fuente de fondos para las administraciones públicas.

Una vergonzosa mezcla de intereses particulares, políticos, estatales y comerciales se reveló a principios de los años 2000 durante la investigación del caso Elf. Estaba involucrada en el asunto Christine Deviers-Joncour, amante de uno de los socialistas más famosos de Francia, Roland Dumas. Este negó todas las acusaciones y finalmente logró salir impune de la situación, pero más tarde, en el 2007, recibió una condena de dos años de prisión incondicional por apropiación indebida de fondos.

No hace mucho ocurrió una historia que revela la manera en la que se cruzan los asuntos de carácter dudoso de los dos más importantes partidos de Francia: en el 2008 se devolvieron al expolítico de tendencias socialistas y magnate Bernard Tapie, de modo extrajudicial, casi 300 millones de euros. La decisión en cuestión fue tomada por la entonces ministra de Finanzas y actual directora gerente del Fondo Monetario Internacional, Christine Lagarde.

Tapie, un exitoso hombre de negocios, especializado en la capitalización y la reventa de importantes empresas (fue durante un cierto periodo copropietario de Adidas), era dueño del famoso club de fútbol Olympique y ministro en un Gobierno de socialistas. Se le vaticinaba la trayectoria vital de Silvio Berlusconi. En 1990 fue enviado a la cárcel por pactar los resultados de los partidos, lo que estropeó su posible carrera política y lo convirtió en un ferviente admirador de Nicolas Sarkozy.

Precisamente a este estrecho vínculo achacaban los

analistas la extraña decisión del Gobierno francés de apoyar al empresario en el duradero litigio entre Tapie y la entidad Credit Lyonnais, que se encontraba en bancarrota y anteriormente había estado sometida al control del Estado. Tapie acusaba al banco de estafa durante la venta de Adidas. El papel de Lagarde en el asunto sigue sin estar del todo aclarado.

Los ataques públicos a Sarkozy tienen una explicación lógica: son la otra cara de su propio estilo político, basado en una inquebrantable relación de intereses comerciales y estatales. Los expertos coinciden en que esta fue la razón por la cual los electores decidieron dar la espalda a Sarkozy. Y como su manera de comportarse siempre se ha caracterizado por arrogancia y altanería, no es de sorprender que haya quienes deseen ajustar cuentas con el expresidente. Y, todo parece indicar, existen delitos para incriminarle.

El problema, sin embargo, no radica en la personalidad de Sarkozy, sino en la actual cultura política que permite que por doquier se borren las fronteras entre lo particular y lo común, entre lo comercial y lo estatal. Es una de las secuelas de la erosión que está carcomiendo las instituciones, tan característica en nuestros tiempos.

Las experiencias del pasado nos enseñan que dobles estándares morales y una corrupción sistémica siempre han sido rasgos propios de la política en general, no solo de la francesa. Pero el ambiente globalizado y universal concede a este fenómeno una nueva dimensión y las discrepancias ideológicas acaban desapareciendo junto con las normas éticas.

François Hollande se encuentra en una posición ventajosa, por lo que le es fácil someter a críticas a su antecesor y promover justicia social. No en vano una de sus promesas preelectorales más altisonantes era la introducción de un impuesto sobre la riqueza de un 75 %, que daría recursos que habrían de destinarse a la reconstrucción de la economía nacional.

Poco podría salir de esta iniciativa y, si a pesar de todo el Presidente lo intenta, lo más seguro es que aparezcan datos que confirmen sus vínculos con estos “ciudadanos más ricos del país”. No es ningún multimillonario, como Strauss-Khan, pero no es una persona pobre.

De modo que la vida política sigue y con ella el desfile de los esqueletos escondidos en el armario. **(Tomado de ARGENPRESS)**

Insuficiencias conceptuales de Río+20

LEONARDO BOFF, teólogo, filósofo y escritor

DECIR QUE Río+20 fue un éxito no corresponde a la realidad, pues no se llegó a ninguna medida vinculante ni se crearon fondos para la erradicación de la pobreza ni mecanismos para el control del calentamiento global. No se tomaron decisiones para hacer efectivo el propósito de la Conferencia, que era crear las condiciones para el “futuro que queremos”. En la lógica de los gobiernos está no admitir fracasos, pero no por eso dejan de serlo. Dada la degradación general de todos los servicios ecosistémicos, no progresar significa retroceder.

En el fondo se afirma: si la crisis se encuentra en el crecimiento, entonces la solución se obtiene con más crecimiento todavía. Esto concretamente significa más uso de los bienes y servicios de la naturaleza, lo que acelera su agotamiento y más presión sobre los ecosistemas, ya en sus límites. Datos de los propios organismos de la ONU informan que desde Río 92 ha habido una pérdida del 12 % de la biodiversidad, tres millones de metros cuadrados de bosques y selvas fueron derribados, se emitió un 40 % más de gases de efecto invernadero y cerca de la mitad de

las reservas mundiales de pesca han sido agotadas.

Lo que sorprende es que ni el documento final ni el borrador muestren ningún sentido de autocrítica. No se preguntan por qué hemos llegado a la situación actual ni perciben, claramente, el carácter sistémico de la crisis. Aquí residen la debilidad teórica y la insuficiencia conceptual de este y, en general, de otros documentos oficiales de la ONU. Enumeremos algunos puntos críticos.

Los que deciden continúan dentro del viejo software cultural y social que coloca al ser humano en una posición adánica, sobre la naturaleza, como su dominador y explotador, razón fundamental de la actual crisis ecológica. No entienden al ser humano como parte de la naturaleza y responsable por el destino común. No han incorporado la visión de la nueva cosmología que ve a la Tierra como viva y al ser humano como la porción consciente e inteligente de la propia Tierra, con la misión de cuidar de ella y garantizarle sostenibilidad. La Tierra es vista tan solo como un depósito de recursos, sin inteligencia ni propósito.

Acogieron la “gran transformación” (Polanyi) al anular la ética, marginalizar la política e instaurar la economía como

único eje estructurador de toda la sociedad. De una economía de mercado hemos pasado a una sociedad de mercado, separando la economía real de la economía financiera especulativa, esta dirigida a aquella.

Confundieron desarrollo con crecimiento, aquel como el conjunto de valores y condiciones que permiten la realización de la existencia humana, y este como mera producción de bienes a ser comercializados en el mercado y consumidos. Entienden la sostenibilidad como la manera de garantizar la continuidad y la reproducción de lo mismo, de las instituciones, de las empresas y de otras instancias, sin cambiar su lógica interna y sin cuestionar los impactos que causan sobre todos los servicios ecosistémicos. Son rehenes de una concepción antropocéntrica, según la cual todos los demás seres solamente tienen sentido en la medida en que se subordinan al ser humano, desconociendo la comunidad de vida, también generada, como nosotros, por la Madre Tierra. Mantienen una relación utilitarista con todos los seres, negándoles valor intrínseco y por eso, calidad de sujetos de respeto y de derechos, especialmente al planeta Tierra.

Por considerar todo bajo la óptica de lo económico que se rige por la competición y no por la cooperación, derogaron la ética y la dimensión espiritual en la reflexión sobre el estilo de vida, de producción y de consumo de las sociedades. Sin ética ni espiritualidad, nos hicimos bárbaros, insensibles a la pasión de millones y millones de hambrientos y miserables. Por eso impera un individualismo radical; cada país busca su bien particular por encima del bien común global, lo que impide, en las Conferencias de la ONU, consensos y convergencias en la diversidad. Y así, contentos y alienados, vamos al encuentro de un abismo, cavado por nuestra falta de razón sensible, de sabiduría y de sentido trascendente de la existencia.

Con estas insuficiencias conceptuales, nunca saldremos bien de las crisis que nos asuelan. Este era el clamor de la Cúpula de los Pueblos que presentaba alternativas de esperanza. En la peor de las hipótesis, la Tierra podrá continuar, pero sin nosotros. Que no lo permita Dios, porque es “el soberano amante de la vida”, como afirman las Escrituras judeocristianas.

(Tomado de ADITAL)